

bición de la corte de Roma. Así es que tuvo que abandonar las orillas del Tíber y refugiarse en Nápoles, donde abrió una escuela de elocuencia. Pero habiéndole vuelto á llamar Nicolás V, le dió por su propia mano 500 escudos de oro por haber traducido á Tucídides, añadiéndole el título de canónigo y de escritor apostólico. Su tratado de las *Bellezas de la lengua latina*, que fué reimpresso, traducido, resumido, comentado, y hasta puesto en verso, contiene reflexiones sobre la manera de escribir y buenas reglas con respecto á la sintaxis, las inversiones, y sobre todo la sinonimia. Se mostró en la práctica más hábil en conocer las palabras que en disponerlas en buen estilo; hasta desechó por escrúpulo de purismo, frases de perfecta construcción. Escribió otros cuatro libros de invectivas contra Bartolomé Fazio, que le respondió con otros tantos.

No nos detendremos en Pedro Pablo Vergerio de Capodistria, historiador de los carrareses, y maestro de Lionel de Este, ni en Carlos Marsupini de Arezzo, secretario de la república de Florencia, ni tampoco en Antonio Panormita, poeta laureado del emperador Segismundo, y autor del *Hermaphroditus*, colección de epigramas estremadamente obscenos dedicados á Cosme de Médicis, vituperados por los frailes y buscados por los curiosos. Perroti, obispo de Siponto, esplicó muchas palabras latinas (*Cornucopia sive lingue latinæ commentarii*) para lo cual estudió las obras de Marcial; Cristóbal Landino, secretario de la señoría de Florencia (1424-1504), escribió poesías y tratados de filosofía. Tradujo á Plinio, y la *Sforziada* de Juan Simonetta. Hizo además, sobre Virgilio, Horacio y Dante, largos comentarios, colección tal vez de lecciones que daba públicamente sobre estos autores, en quienes, además del sentido material, buscaba otro oculto y moral. A imitación de Platon y Ciceron compuso *Disquisizioni camaldolesi*, diálogos entre ilustres personajes, en los que hace amar la virtud, sin sutillar demasiado sobre las teorías, pero abandonándose á sueños platónicos. La forma del diálogo era también adoptada por Valla para defender el epicurismo, por Bárbaro, Platina, Palmieri, Alberti, Pontano Mateo Bosso; é imitando el *De claris oratoribus*, Pablo Cortese, supo caracterizar bien á los sábios de su época.

Policiano, 1454-94.—Más celebridad estaba reservada á Angel Policiano de Monte Pulciano. Recogido mancebo por Lorenzo de Médicis, que conoció su talento, enseñó á los veinte y nueve años la elocuencia griega y latina. Sabía el hebreo, y con respecto al italiano está contado entre los que despertaron la dormida poesía, volviéndola á la antigua elegancia, y recibiendo de sus émulos honores é insultos de todas clases. Sus *Misceláneas*, que eran una colección de cien reglas de gramática, de alusiones y de costumbres sacadas de los autores latinos, eran reputadas como una obra maestra, siendo una gloria ser mencionado en ella, y en su consecuencia una injuria ser olvidado. Po-

liciano trata estos asuntos con una amenidad sólida y variada, muy rara entre los eruditos, y con una pureza superior á lo que se había escrito antes de él. Conociendo vivamente las bellezas romanas, describe bien y emplea los clásicos en tiempo oportuno, aunque sea muy supérfluo en sus descripciones, aunque abusa de los diminutivos, é incurre en impropiedades de expresión (6).

Otros también hicieron versos latinos, y en su número se cita á Bautista de Mantua, honrado con una estatua al lado de la de Virgilio, á quien no le creía inferior Erasmo; pero quién lo recuerda en el día? Maffeo Veggio tuvo el atrevimiento de componer un libro XIII de la Eneida. Estos dos poetas fueron sobrepujados por Joviano Pontano, presidente de la academia de Nápoles, que fué la más célebre, cuando las de Roma y Florencia habían sucumbido.

La principal ocupación de estos escritores era comentar los autores antiguos, para formar con ellos lecciones útiles, facilitar su conocimiento, y ayudar á escribir correctamente. Multitud de obras griegas fueron entonces traducidas; y la historia, la mitología, las antigüedades contribuyeron á explicar los textos. Estos comentarios abundaban en frivolidades, ridiculces é interpretaciones erróneas, en atención á que la fuerza de las expresiones no era bastante conocida y hasta se ignoraba á veces su significado; pero debe considerarse que no había en aquella época, ni gramática ni diccionarios; que era necesario olvidar la jerga de la Edad Media, y buscar en los clásicos lo que se encontraba ó no; y aun así los textos eran muy raros. Se veían, pues, obligados á adivinar las lenguas, explicar un autor por otro, ir en busca del oro, con riesgo de perecer en la mina. Enriquecidos con las laboriosas vigiliadas de aquellos escritores, los tratamos con ingrato desden, y nos glorificamos

(6) Como desprecia con todo su corazón á los bárbaros, los invita á admirar las bellezas y buenas cualidades de los italianos: pero él da la prueba de que conoce en qué consiste el mérito en general, mas bien que el verdadero mérito de los italianos. *Admirentur nos, sagaces in inquirendo, circumspicentes in explorando, subtiles in contemplando, in judicando graves, implicitos in vinciendo, faciles in enodando. Admirentur in nobis brevitatem styli fatam rerum multarum atque magnorum, sub expositis verbis remotissimas sententias, plenas questionem, plenas solutionum, quam apti sumus, quam bene instructi ambiguitates tollere, scrupulos diluere, involuta evolvere flexanimis syllogismis, et infirmare falsa, et vera confirmare. Vivimus celebres, ó Hermola, et posthac vivemus, non in scholis grammaticorum et pedagogis, sed in philosophorum coronis, in conventibus sapientium, ubi non de matee Andromaches, non de Niobes filiis, atque in genus levibus nugis, sed de humanarum divinarumque rerum rationibus agitur et disputatur. In quibus meditando, inquirendo et enodando, ita subtiles, acuti acresque fuimus, ut anxii, quandoque nimium et morosi fuisse forte videamur, si modo esse morosus quisquam aut curiosus nimio plus in indaganda veritate potest. POLIT., Epist., libro IX.*

en poseer lo que ellos nos han adquirido, sin querer reconocer al mismo tiempo toda la gloria que les cupo en adquirirlo.

Diccionarios.—Sus encarnizadas querellas dieron vuelo á la filología, obligados como estaban á dar cuenta de cada frase y de cada expresión. Después hubo los diccionarios, que fueron un gran socorro. Ugucione, obispo de Ferrara, compiló uno, á ejemplo de Papia; Buoncompagno escribió sobre la disposición artificial y natural de un diccionario. El *Catolicon* de Juan de Génova, tomo grande impreso por Guttmberg en 1460, que comprende gramática y diccionario, es poco conocido, y no obstante aventajó á todo lo que se podía esperar. El autor menciona gran número de clásicos latinos, no ignora el griego (7), y como Papia y los demás lexicógrafos, no escluye á los santos Padres cuya inteligencia entraba en gran parte en los estudios de la época. El primer diccionario griego parece ser el de Creston, natural de Plusencia (8), después el *Etimológico* de Marcos Musuro (9), luego los de Roberto Constantino, de Scapula, y de Enrique Stefano.

Estos hombres laboriosos desempeñaron con honor otra tarea, la de educar á los grandes. No hubo hijo de príncipe que no fuese educado por ellos. Uno de los más célebres fué Victorino de Feltro, que educó á los hijos de Francisco de Gonzaga, señor de Mantua. Se manifestaba para con sus discípulos padre no menos afectuoso que hábil maestro; así es que acudieron de Francia, de Alemania, de Grecia, á su escuela, y se encontraban cerca de él todos los medios de instruirse tanto en las ciencias como en las bellas artes, en atención á que había tenido cuidado de reunir profesores en todos los ramos del saber. Exigia de sus discípulos una esposición precisa, y de esta manera abrió el camino á la literatura correcta. No publicó nada, y, cosa admirable entre la clase irritable de los doctos, no encontró á nadie que dijese mal de él. Francisco Prendilaqua, uno de sus discípulos, escribió su vida en estilo elegante, y consiguió el resultado más apetecible, el de hacer amar á su héroe.

Es extraño ver á los príncipes que deben gobernar un día los pueblos, confiados á gentes ignorantes de la ciencia del gobierno, y que no son capaces de educar más que al sacerdote ó al abogado. Pero la moda no cesó; y al paso que los antiguos enseñaban en las escuelas la historia y las ideas de su nación, dejando á un pequeño número estudiar lo que concierne á los extranjeros, como asunto

(7) *Mihi non bene scienti linguam græcam*, no quiere decir que la ignorase, como pretende Eichhorn.

(8) *Johannis Crestoni monaci placentini, leexicon seu vocabularium græcum cum interpretatione latina*, 1580.

(9) *Marci Musuri Etimologicon, seu Dictionarium magnum etimologicum, græce cum præfatione græca*. Venecia, 1499.

de curiosidad ó erudición, en las escuelas modernas, por el contrario, se enseñó á los hijos una lengua diferente de la de sus padres, así como las leyes y la historia de las sociedades estrañas á las suyas; de lo que resultó que los sentimientos sacados del mundo en que ellos vivían no estaban acordes con los de la escuela.

Las lenguas nuevas se pulimentaron con el estudio de las antiguas; pero tal vez se desnaturalizaron; el gusto se refinó, pero la imitación estinguió la originalidad. Se trató de conocer la civilización antigua más que perfeccionar la moderna, y entre aquellos hombres estudiosos, las imágenes, los pensamientos, las leyes poéticas, eran las de otro tiempo. Ni un solo destello de genio, ni un verdadero vuelo de elocuencia para llorar las desventuras de entonces y ensalzar dignamente la nueva civilización, y ocurrió un mal peor que el literario, es decir, se aprendió á separar el sentimiento de la palabra, la literatura de la acción, el estilo del pensamiento. Llamados estos gramáticos á las magistraturas y sobre todo á las funciones de secretarios, eran, escepto algunos, como Salutati y Piccolomini, incapaces de otra cosa que pronunciar ostentosos discursos, en los que no se circunscribían á tratar de los intereses positivos, sino que se estendían más voluntariamente sobre el que se espresaba mejor en latín. Preferían á las repúblicas regidas por sencillos magistrados, y animados del deseo del bien público, las cortes de los príncipes y de los señores, donde podían obtener la protección del amo y hacer alarde de hermosos discursos. Juzgaban el mundo, no según lo que era en sí, sino según el exterior, y á los autores más por su estilo que por sus ideas; disfrazaban la tiranía con pomposas frases; justificaban la iniquidad, y acostumbraban á adulaciones que el más intrépido se hubiera avergonzado de espresar en la lengua de que se servía para hablar á sus amigos. No contentos, en las oraciones fúnebres de los príncipes, con adular y mentir, no retroceden ante las relaciones inconvenientes, y nada recuerda, en los asuntos tratados por ellos, que hablaban delante de los altares.

Estudios de semejante naturaleza no podían alimentarse sino con la protección de los grandes, y la obtuvieron: los tiranuelos italianos rivalizaron en proteger á los literatos, como si de esta manera hubieran esperado engañar á la posteridad. Roberto de Nápoles decía á Petrarca: *Me quedaria mejor sin diadema que sin letras* (10). Siguiendo el consejo del poeta, se dedicó á estudiar á Virgilio, y pronunció arengas en ceremonias eclesiásticas y doctrinales. Los Escalíferos acogían á todo el que tenía mérito; entre los de Carrara, Jacob envió doce mancebos á estudiar á las escuelas de Paris, y Francisco visitó con frecuencia en Arqua á Petrarca, que le dedicó el *Gobierno de la república*;

(10) PETRARCA, op. tom. III. 1252.

los duques de Saboya fundaron la universidad de Turin; varios miembros de la familia de Este cultivaron las letras, principalmente Lionel, cuyas epístolas son las mejores de aquel tiempo. Entre los Visconti, Otton fundó á sus espensas cátedras en Milan; Luchino escribió en verso, y obtuvo la admiración de Petrarca; Juan instituyó una cátedra para explicar á Dante; hasta el sombrío Felipe Maria protegía los literatos, y aun más su yerno Esforcia que protegió al arquitecto florentino Francisco Filarete, á Bonino Mombrizio, Lodrisio Crivelli, Franchino Galfurio, que fué el primero que abrió una escuela de música, y á Constantino Lascaris, que hizo imprimir en Milan la primera gramática griega. Alfonso de Aragon se hacia leer constantemente algun clásico, mezclando eruditas preguntas; y aun en guerra no dejaba de hojear los *Comentarios* de César y la historia de Quinto Curcio. Acontecióle un día hacer cesar la música para prestar atención á una lectura de Tito Livio. Gianozzo Manetti, que Florencia le habia enviado como embajador, recibió de aquel príncipe una pensión de novecientos escudos de oro. Iba á pie á escuchar á los profesores á la universidad; y Antonio llamado el Panormita, Juan Solerio, Luis Cardona, Fernando de Valencia, el cardenal Besarion, Teodoro Gaza, Filelfo, Nicolás de Sulmonas, Juan Aurispa, Juan Pontano y otros muchos, fueron honrosamente tratados en su corte, donde hallaron protección y favor. Cuando murió Julian de Mayano, hizo acompañar su ataúd por cincuenta de sus vasallos, vestidos de luto. Es inútil volver á hablar de los Médicis, y ya nos hemos estendido bastante en lo que concierne á Nicolás V y Eugenio IV.

A porfía pensionaban á los literatos, les concedían honores y conferían embajadas. Su paso por las ciudades era un triunfo; príncipes asistían á sus exequias. Carlos IV concedió á Bartolo el derecho de encuartelar en sus armas las de Bohemia, y este jurisconsulto sostuvo que un doctor es caballero *ipso facto*, después de haber enseñado diez años el derecho civil. Ya hemos referido los triunfos de Petrarca, y el modo con que daba sus consejos á los príncipes y papas. Juan Galeazo Visconti decia que temia más una carta de Coluccio Salutati que á mil caballeros florentinos.

Todo el mundo tomaba parte en esta gloria y en las discusiones de los literatos. El descubrimiento de un manuscrito era un acontecimiento ruidoso, y en efecto, ¡cuán grande no debía ser el placer de leer los clásicos antes de que las escuelas tuviesen aversión á ellos desde la infancia! Dante era explicado en la cátedra y hasta en las iglesias. La correspondencia de la época versa comunmente sobre la indagación de manuscritos: el duque de Gloucester da vivamente gracias á Decembrio por haberle enviado una traducción de la *República*, de Platon. Las *Misceláneas* de Policiano eran aguardadas como el Mesias, después devoradas en cuanto aparecieron. Si la envidia ó las facciones precisaban á un literato á espatriarse, esta-

ba seguro de ser acogido con honor y pensionado en todas partes donde se presentase, con su mérito por patrimonio. Cuando el jurisconsulto Juan de Legnano murió, se cerraron las tiendas. Cuando Unico Accolti recitaba versos era una fiesta en toda la ciudad, se iluminaban las casas, y los sábios y prelados le interrumpían en medio de su relación con sus aplausos. En fin, el mismo descubrimiento del Mundo Nuevo debía hacerse por la fe de la erudición.

En suma, la literatura no era distracción para los que se dedicaban á ella, era su vida; no era un medio sino un fin. El atractivo de la antigüedad ahogaba toda diferencia de sentimientos, de religión, de edades: el entusiasmo invadía hasta la crítica; ¡feliz el que habia rectificado un pasaje dificultoso, ó adivinado un error en un texto ó en un rival! Además la interpretación de tal ó cual frase suscitaba ilimitadas discusiones: Traversari y Marsupini disputaron sobre un verso de Homero (11) tanto como los teólogos sobre el sentido de la Biblia; y las querellas de arrebataos pedantes interesaban, dividían á las ciudades y á las provincias.

Escuelas.—La universidad de Bolonia conservó su superioridad sobre las demás, é Inocencio VI la concedió una cátedra de teología. Abrieron uno los trevisanos con nueve doctores célebres, entre los cuales se contaba Pedro de Albano. Eximieron los pisanos de derechos los libros de ciencias y de derecho canónico. La universidad de Plasencia, fundada por Inocencio IV, se hallaba decadente y la restauró Juan Galeazzo. Habia en Milan cursos públicos de jurisprudencia, veinte y cinco maestros de gramática y de lógica, cuarenta copistas, más de setenta maestros elementales, más de ciento ochenta profesores de medicina, filósofos y químicos, de los cuales muchos recibían un salario para asistir á los menesterosos. La universidad de Pavia, fundada y engrandecida por los Visconti (según dice Azario, pág. 406) no perjudicó á las escuelas de Milan, aunque en aquella ciudad habia abundancia de casas, vino, trigo y leña barata, porque los estatutos de éstas concedían á los naturales del país y á los forasteros el derecho de estudiar leyes, decretales, física, cirugía, notariado y artes liberales (12). Deseosos los florentinos de restablecer el crédito de su universidad fundada en 1348, invitaron á Petrarca á que fuera á explicar allí, como se decia entonces, el libro que más fuera de su agrado. La de Siena, abierta en 1320, fué declinando hasta el momento en que se reor-

(11) Se trataba de saber si aquel verso de Homero Βόλλοι ἐγὼ λαὸν σὸν ἔμμεναι, ἢ ἀπολέσθαι significa: «Yo quiero que el pueblo sea salvado ó perezca,» ó bien: «Yo quiero que el pueblo sea salvado ó perecer.» Filelfo se apercibió de que no tenían razón ni el uno ni el otro.

(12) GIULINI, Contin. II, 597.

ganizó bajo los auspicios de Carlos IV, quien erigió igualmente una en Luca. Los papas instituyeron la de Fermo en 1303; Clemente IV la de Perugia en 1307; Bonifacio VII fundó una en Roma, donde no quedaban más que cátedras elementales; pero la hizo caer la traslación á Aviñon de la Santa Sede: Juan XXII instituyó una en Córcega en 1331; Benedicto XII otra en Verona en 1339. El concilio ecuménico de Viena quiso que hubiese en las universidades de Roma, de Paris, de Oxford, de Bolonia, de Salamanca, dos maestros de lenguas para enseñar el hebreo, el árabe y el caldeo.

Hasta ahora no hemos hablado más que de Italia, porque allí se encontraba realmente el trono de la literatura clásica. Sin embargo, fué bien recibida y protegida fuera de la península. La Alemania, que en el siglo anterior habia bajado al último lugar en materia de saber (13), se prendió de la literatura antigua. Carlos IV fundó la universidad de Praga, tomando por modelo la de Paris, con una biblioteca para el uso de los maestros y de los escolares; y esta universidad sirvió á su vez de modelo á las de Viena, de Heidelberg, de Colonia, de Erfurth, y después á las otras fundadas en Wurtzburgo, en Leipzig, en Ingolstadt en Rostok. Tubingen imitó á Bolonia y fué imitada por Wittemberg y Helms-tadt (14).

Pero Eneas Silvio nos da una triste idea de estas escuelas y de esta civilización. «Hay en Viena, dice, una escuela de artes liberales, de teología y de derecho pontificio, si bien es nueva y se dirigen allí muchos estudiantes de Hungría y de Alemania. Según mis noticias, dos célebres teólogos empezaron allí desde la primera apertura de la universidad su enseñanza: Enrique de Asia, autor de obras notables, y el suabio Nicolás de Dinclespuhel, hombre recomendable, no menos por sus costumbres que por su sabiduría. A la sazón enseña allí Tomás Hasselbach, teólogo que no carece de fama, y que según se asegura, escribe libros de historias útiles: yo elogiaría su ciencia si no hubiera consumido veinte y dos años de su vida en explicar el primer capítulo de Isaias sin llegar al término. Lo peor que hay en esta escuela es que

se consagra mucho tiempo á la dialéctica, cosa poco provechosa. Es de lo que se examina especialmente á los que aspiran al título de maestros en artes, descuidando la música, la retórica, la aritmética; y los candidatos, en su ignorancia, presentan algunos versos ó una epístola de otros. De consiguiente, todo el esfuerzo consiste en la argumentación y en vanas discusiones. Muy pocos de ellos saben algo sólidamente, y en vez de estudiar á Aristóteles y á otros filósofos se contentan con leer á sus comentadores. Además los estudiantes prefieren al trabajo los placeres, el vino y pasar la vida alegremente; hay poquísimos que por la instrucción se distinguen de la muchedumbre, lo cual proviene de la falta absoluta de vigilancia. Recorren las calles día y noche molestando á los ciudadanos y siguiendo á las mujeres... Seria imposible enumerar las vituallas que entran en la ciudad; cuántanse todos los días enormes cargas de pan, de pescado, de caza, y por la noche no queda cosa alguna. Al tiempo de la vendimia hay cuarenta días de vacaciones, y entran en Viena vinos en abundancia. No es mal visto en la opinión venderlos cada uno en su propia casa y casi todos los ciudadanos tienen taberna abierta. Calientan una sartén, disponen bien ó mal una cocina, convidan á hombres y mujeres, y los suministran gratuitamente algunos manjares á fin de que beban más, salvo el derecho de indemnizarse de una manera cumplida. El pueblo, sensual de suyo, devora en un día el fruto de una semana entera. También hay riñas cotidianas: unas veces llegan á las manos los artesanos con los estudiantes, otras se enredan los ciudadanos con los nobles, ó bien se baten entre sí los jornaleros... No pasa fiesta sin efusión de sangre, y no hay magistrados ni guardias que separen á los combatientes... El vulgo anda sucio y cubierto de harapos: abundan allí las gentes viciosas, y pocas mujeres se contentan sólo con su marido. Seducen los nobles á las mujeres de los ciudadanos, que salen de su casa por una vil y culpable connivencia: escogen las doncellas un novio sin consultar á sus padres: se casan las viudas mientras dura el luto...» Parécenos conveniente omitir lo demás (15).

Orden de Deventer.—Gerardo Groote, discípulo de la universidad de Paris, fundó una orden (1376) cuyos individuos se obligaban á hacer redundar en provecho de la sociedad los talentos que de Dios habia recibido, ganando para sí mismo y para los pobres. El que no era á propósito para los trabajos manuales se aplicaba á las ciencias y á la enseñanza. Sin embargo, estaba prohibido declamar delante de un numeroso auditorio, como cosa de vanidad, así como recibir un salario, como cosa que propende á envilecer la nobleza desinteresada de la enseñanza. Esta orden que asociaba las dos pasiones de aquel tiempo, la piedad y el

(13) Leibnitz dice que el siglo X fué una edad de oro en comparación del siglo XIII: Heeren llama á éste uno de los más infecundos para el estudio de la literatura antigua: para Meiners es asunto de prolijo condolimiento: Eichhorn inscribe al frente del capítulo en que trata de este tiempo: *Die Wissenschaften vesfallen in Barbarey.*

(14) La universidad de Viena fué fundada en 1365, pero realmente no tomó vuelo hasta 1384; la de Heidelberg, en 1386; la de Colonia, en 1389; la de Erfurth, en 1392; la de Leipzig, en 1409; la de Wurtzburgo, en 1410; aunque se cerró en breve y se volvió á abrir en 1589; la de Rostock, en 1419; la de Lovaina en 1425; la de Dole, en 1426; la de Tréveris, en 1454; la de Greifswald, en 1456; las de Basilea y Friburgo de Brisgau, en 1460; la de Ingolstadt, en 1472; las de Tubingen y Maguncia, en 1477.

(15) ENEAS SILVIO, Ep. CLXV.

estudio, se extendía por toda la Alemania, y se enseñaban en los monasterios llamados de San Gerónimo, de San Gregorio, de los buenos hermanos, ó de la vida comun, los diferentes oficios y la caligrafía. Fuera se hallaban abiertas escuelas de lectura, de escritura, de mecánica para los niños pobres: se enseñaba á los demás el latín, el griego, las matemáticas, las bellas artes y también el hebreo. Esta órden contaba en 1433 cincuenta y cinco casas, triple en 1460: en 1424 estableció una imprenta en Bruselas. Tomás de Kempis trasladó este método á Santa Inés cerca de Zwill, de donde salieron los apóstoles de la literatura clásica en Alemania (16); recomendaba á sus discípulos ir á estudiar á Italia, y en efecto, allí se formaron los mejores helenistas alemanes. Juan Dalberg (*Camerarius Dalbergius*), obispo de Worms, formó una biblioteca con lo más escogido de la de Heidelberg, considerada la más rica del mundo antes de la guerra de Treinta años, y fundó la sociedad Renana, que asociaba los estudios á los placeres. Conrado Celtes, buen escritor y celoso propagador del buen gusto, formaba parte de ella, así como Rodolfo Agrícola, que escribió mejor que ningún otro en lengua alemana (17); y Reuclin, que habiendo acompa-

(16) Cinco eran westfalianos: Mauricio, conde de Spiegelberg y Rodolfo Langio, que llegaron á ser prebendados; Antonio Liber, Luis Dringenberg, Alejandro Hegius y el frison Rodolfo Agrícola. Hegius tuvo por discípulos á Erasmo de Rotterdam, á Erminio von dem Busche, amigo de Lorenzo de Médicis, al papa Adriano VI, y á Cristóbal Longlio, el que mejor comprendió á Cicerón en su tiempo. Liber reformó los estudios en Kempen, en Almar, en Amsterdam. Langio fundó otra escuela en Munster: Dringenberg fundó otra en Selestadt de Alsacia, de la cual salieron Conrado Celtes (*Meissel*) Wimpeling, Beato Renane y Bilibald Pirkheimer. Véase SCHÖLL.

(17) Para él fué para quien Ermolao Barbaro escribió este epitafio:

Invida clausurunt hoc marmore fata Rodolphum

ñado á Roma al duque de Wurtemberg, entró en relaciones con los sabios italianos. Añadiremos Wessel, de Groninga, que aplicó el arte á los libros sagrados; Langio, que revisó todos los clásicos impresos entonces en Alemania, y eliminó de las escuelas todos los libros fuera de uso. Gracias á ellos, marchó en primera línea la Alemania, después de la Italia, en el renacimiento de la literatura.

La Francia, por el contrario, contribuyó á ello poco. Mateo Nicolás de Clemengis esplicó el primero la retórica de Aristóteles y de Cicerón delante de un numeroso auditorio; pero su ejemplo no se siguió: la Sorbona y la universidad de París fueron sobre todo afamadas por los estudios relativos á la política y á la ciencia. Algunos griegos y también italianos enseñaron allí las humanidades; pero los maestros de griego y de retórica eran escludidos del rectorado, como aconteció aun en el día con respecto á los profesores de literatura moderna. Carlos V de Francia comenzó la biblioteca del Louvre, reuniendo allí novecientos tomos, misales ó salterios, en su mayor parte ricamente encuadernados, pocos autores profanos, muy pocos clásicos, ninguna obra de Cicerón, ni más de poetas que Ovidio y Lucano. Alejo Antonio de Nebrija (*Nebrissensis*) publicó á su vuelta de Bolonia á Andalucía, su patria, varios libros destinados á facilitar los estudios clásicos, mientras que florecían en Hungría, gracias á Matias Corvino. Otros sabios hicieron vanos esfuerzos para introducirlos en Inglaterra; así era que el mal latín de Oxford se había hecho proverbial. Ricardo de Bury, canciller de Eduardo III, hizo donativo de su biblioteca á la universidad de Oxford, con órden espresa de ponerla á disposición de los estudiantes; pero su catálogo (*Plilobiblon*) manifiesta á la vez su buena voluntad y su ignorancia.

*Agricolam, frisii spemque decusque soli.
Scilicet hoc uno meruit Germania quidquid
Laudis habet Latium, Græcia quidquid habet.*

CAPÍTULO XXX

CIENCIAS.

Teología.—La teología permanecía siempre la reina de las ciencias; pero aunque los comentarios y disertaciones se multiplicasen por todas partes, nadie llegó á la altura de santo Tomás y san Buenaventura. Nicolás de Lira, el más afamado de los comentadores, que, de judío convertido, era el más vigoroso antagonista de sus antiguos correligionarios, pasó toda su vida estudiando las Sagradas Escrituras, amontonando argumentos á la manera de Aristoteles, é interpretaciones y esplicaciones contundentes (1). Raimundo de Sabunda ó Sebona, profesor de medicina en Barcelona, sostuvo la revelacion en la *teología natural*, demostrando que las verdades relativas á Dios y al hombre están ocultas en la naturaleza, con ayuda de la cual el hombre puede aprender lo que le es necesario, comprender la Escritura y asegurarse de su verdad; que este libro primitivo de la naturaleza no exige ciencia para ser leído, que no puede ser borrado ni falsificado, y que procede directamente de Dios. Siguió, pues, las huellas de santo Tomás, que también había tratado de explicar los misterios por las causas naturales, y anticipó la *Existencia de Dios* por Fenelon, así como los libros de Clarke y de Paley. Esta tentativa, incompleta y débil, como debía serlo necesariamente, adquirió á la vez celebridad, puesto que el sutil Montagne no desdeñó traducir todo el libro de Sebona, homenaje sospechoso, es verdad, de parte de semejante escéptico. Adquirió de todos modos, así como Bacon, Pascal, Leibnitz, Bossuet, ideas elevadas sobre la filosofía y la religion (2).

(1) Se decía de él: *Si Lyranus non lyrasset, totus mundus delirasset.*

(2) Bacon ha tomado de él este paralelo: «Dios nos ha dado dos libros, el del órden universal de las cosas, ó la

La querrela de los frailes menores proporcionó largo tiempo una amplia materia á las discusiones y sutilezas; pero cuestiones más serias y vitales se trataron en el concilio de Basilea y de Constanza, donde hemos visto figurar en primer lugar á Eneas Silvio y al canciller Gerson.

La imitacion de Cristo.—Hay algunos que quieren atribuir á este último el libro más célebre de la Edad Media, la *Imitacion de Jesucristo*; otros designan como autor á Juan Gersen, abad de Verceci, en el siglo XIII, y otros á Tomas Kempis, á quien hemos citado entre los hermanos asociados de Deventer. Por él es por quien se declaran los alemanes y flamencos, apoyándose en los antiguos manuscritos. Se leen en efecto en uno de ellos: *Finitus et completus per manum Thomas á Kempis*, y ofrece tachones y cambios en bastante número para que se le considere como el texto original. A él fué también á quien se le asignó la primera edicion de 1471. La tradicion vulgar y la Sorbona adoptaron también aquella opinion (3). Pero oponen que Tomás no fué más que un copista emplea-

naturaleza y la Biblia. El primero es comun á todos, pero no el segundo; porque es preciso ser instruido para poder leer en él. Además, el libro de la naturaleza no puede ni falsificarse, ni borrarse, ni interpretarse con falsedad; otra cosa sucede con la Biblia. Uno y otro provienen del mismo autor; así que tanto uno como otro se combinan bien, y no se contradicen... Hay en ellos el mismo fin y el mismo asunto, contienen igual disciplina é igual instruccion. Difieren en que uno procede por la argumentacion y pruebas; el otro por la decision y la autoridad. El uno representa particularmente la obediencia, el otro el magisterio.»

(3) Una sentencia del parlamento, de 16 de febrero de 1652, prohibió á los benedictinos imprimir la *Imitacion* con el nombre del italiano Gerson, y permitió á los canónigos regulares hacerlo con el de Tomás Kempis.